

El 3 de febrero de 1859, la reina Victoria abrió el Parlamento. «Recibo de todas las potencias extranjeras, decía en el discurso del trono, seguridades de buenos sentimientos amistosos. Cultivarlos y consolidarlos, mantener intacta la fe de los tratados públicos, y contribuir, hasta donde alcance mi influencia, á la conservación de la paz general, tales son los objetos de mi constante solicitud.» Aquel mismo día, las dos Cámaras discutieron el mensaje. Los toríes, entonces en el poder (lord Derby era primer ministro, y lord Malmesbury jefe del *Foreign Office*), estuvieron completamente de acuerdo con los whigs respecto á la cuestión italiana.

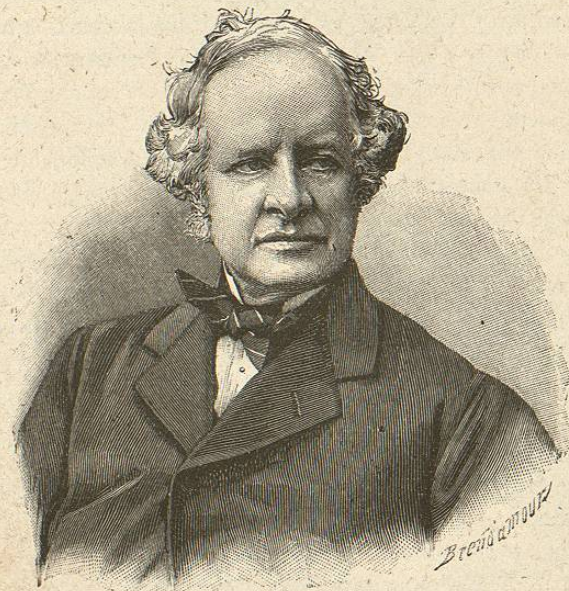
En la Cámara de los lores, el primer ministro se expresó así: «Impulsados por la amistad más sincera en favor de Cerdeña, hemos visto con recelo la actitud que parece dispuesta á tomar desde hace algún tiempo. Esta actitud es de todo punto contraria á sus intereses, á sus deberes respecto á la sociedad europea y á la conservación de la simpatía que su conducta anterior le concilió en el mundo civilizado... Fueron palabras de muy mal augurio las que Víctor Manuel pronunció en la apertura de las Cámaras; pero estoy seguro de que Cerdeña seguirá mejores consejos.»

Lord Granville, el jefe de los whigs, declaró que en virtud de los tratados Austria tenía en sus provincias italianas derechos de que nadie podía despojarla bajo ningún título ni pretexto, y añadió que sería necesario que los italianos olvidaran las lecciones de la historia para suponer que Italia pueda ser libre llamando á una nación extranjera para expulsar á otra.

Lord Brougham dice que, llegado recientemente de Francia, había podido reconocer que la opinión era unánime en todas las clases de la sociedad para rechazar la guerra. «Todo me induce á creer, añadió, que Francia no se unirá á la *especulación sarda*, según se la ha llamado, y que esta especulación fracasará por completo.»

En la Cámara de los lores, todos los oradores se pronunciaron, como en la Cámara de los comunes, por el mantenimiento de la paz y el respeto absoluto á los tratados. El mismo lord Palmerston, que en 1847 había enviado á lord Minto á la península para estimular ruidosamente las más atrevidas aspiraciones de Carlos Alberto, y que escribía el 29 de octubre de 1848 al embajador de

Inglaterra en Viena «que no había ninguna probabilidad de que Austria pudiese conservar de una manera útil y permanente la alta Italia, cuyos habitantes todos estaban profundamente imbuídos de un odio invencible contra el ejército austriaco;» lord Palmerston, decimos, no hacía ninguna objeción respecto á la dominación de Austria en el Lombardo-Véneto. «Los tratados se deben respetar, decía. Si en nombre de alguna preferencia teórica se pudiera prescindir de las condiciones de un tratado, todos los asuntos de Europa se malograrían,



Lord Granville

sin que nadie pudiese prever las consecuencias á que conduciría semejante principio.»

Se había anunciado que lord John Russell sería en el seno del Parlamento el campeón de la nacionalidad italiana; pero no hubo nada de esto. «Siempre he sentido, dijo el gran orador liberal, una simpatía profunda por la independencia y la libertad de Italia; pero me es imposible creer que la causa de la libertad italiana se apoye en una guerra como la que nos amenaza... El tratado que cede al Austria la Lombardía y el Véneto forma parte del derecho público, y nadie podría pensar en interrumpir por la fuerza ese arreglo territorial sin cometer una ofensa contra Europa.»

Por último, M. Disraëli decía: «No puedo creer que un príncipe tan juicioso como el emperador de los franceses trate de perturbar benévolamente la paz del mundo, perdiendo para siempre la confianza tan justamente inspirada á Europa por el buen juicio lleno de moderación de su conducta pasada.»

La corte no estaba menos inquieta que los ministros y el Parlamento. El príncipe Alberto, conservándose alemán en el alma, participaba, como su tío el rey de los belgas, de todas las desconfianzas de Alemania contra Napoleón III, y tenía la convicción de que una guerra en Italia sería el preludio de otra en el Rin. Creía que Bélgica estaba amenazada y que el emperador quería devolver á Francia sus fronteras naturales. La reina Victoria tenía por este concepto las mismas inquietudes que su esposo; juzgó necesario intervenir personalmente en la cuestión, y el 4 de febrero escribió á Napoleón III una carta en que abogaba ansiosamente en favor de la paz. «Rara vez, decía la reina, le ha sido dado á ningún hombre ejercer sobre la tranquilidad y el bienestar de Europa una influencia personal tan poderosa como la de V. M.» En conclusión, la reina declaraba formalmente al emperador que, si entraba en una vía belicosa, Inglaterra se vería en la imposibilidad absoluta de asociarse á semejante política.

Napoleón III contestó extensamente en 14 de febrero á la carta de S. M. Británica. Trataba de justificarse de las acusaciones dirigidas contra él, sosteniendo que no había hecho ningún preparativo de guerra. Después reconocía que los tratados no se pueden cambiar sino por un asentimiento general; pero añadiendo esta significativa frase: «No obstante, los tratados no podrían hacerme faltar á mi deber, que es observar en todas partes la política más en armonía con el honor y los intereses de mi país.» Esta contestación no tuvo más resultado que aumentar las inquietudes de la reina Victoria, de su esposo y de su gobierno. Con esto terminaba la alianza cordial.

El gabinete de Londres dió una nueva prueba de sus sentimientos pacíficos encargando al embajador de Inglaterra en París, lord Cowley, que marchara á Viena para trabajar oficialmente en establecer las bases de un arreglo entre Francia y Austria. Este diplomático llegó el 7 de febrero á Viena, donde mereció la más cordial acogida del emperador Francisco José. Desde luego se declaró en favor de la evacuación de los Estados Romanos por las tropas austriacas, así como por las francesas, y pidió la concesión de reformas en Italia; pero no dijo una sola palabra en favor de Milán ni de Venecia, donde en su concepto se debían considerar como inviolables los derechos de Austria. No solamente no estimulaba Inglaterra las miras de Víctor Manuel, sino que le pedía el desarme. Lord Cowley salió de Viena el 10 de marzo; antes de marchar, dió cuenta de su misión en un parte dirigido á lord Malmesbury, y manifestaba la esperanza de haber preparado una solución pacífica de la cuestión. El escrito terminaba así: «Mientras que se deje al Piamonte permanecer armado, dudo que Austria quiera entrar en negociaciones, porque considera al ejército piamontés como la vanguardia de Francia, destinada á permitir á ésta tomar el tiempo necesario para armarse, y no tendrá ninguna confianza en las intenciones pacíficas de otro mientras que esta vanguardia subsista. El desarme del Piamonte es por lo tanto, á los ojos de Austria, la prenda de la sinceridad de Francia.»

En resumen, el objeto principal de la diplomacia inglesa era el mantenimiento absoluto del *statu quo* territorial en Italia. Si lord Cowley había obtenido buen resultado en su misión, todos los planes de Víctor Manuel y del conde



Disraëli, lord Beaconsfield

de Cavour caerían por tierra como castillo de naipes. A pesar de sus instintos anglófilos, el hombre de Estado piamontés sabía muy bien que no debía esperar nada de Inglaterra, y que fuera de un concurso armado de Francia, la política de las nacionalidades en Italia no tenía la menor probabilidad de éxito. Los italianos deben tener hoy la lealtad de reconocerlo: á no ser por Napoleón III, Milán y Venecia se hallarían aún hoy bajo el dominio de Austria.

El Piamonte no tenía nada que esperar de Inglaterra; y en cuanto á Prusia y á la Confederación germánica, lo único que podía desear era que no tomaran las armas contra él. Todas las desconfianzas, todos los rencores, todas las cóleras de 1813 acababan de despertarse contra la Francia imperial. Todos repetían en Alemania que Napoleón III no comenzaría la guerra en Italia sino para terminarla en las orillas del Rhin, y su política no tenía, según se aseguraba, más objeto que conquistar lo que constituía, á su modo de ver, las fronteras naturales de su imperio. En vano multiplicaba sus esfuerzos para desvanecer semejantes alarmas, pues no lo conseguía, ni aun haciéndose precursor y campeón de la unidad alemana.

El folleto *El Emperador Napoleón III é Italia* contenía respecto á la Alemania pasajes muy curiosos.

Se decía: «La Confederación germánica no ha obtenido ninguna de las garantías de unidad y libertad de acción que deseaba; sometida á la influencia de dos grandes naciones, no tiene esperanzas tal vez más que en su rivalidad necesaria... Prusia, que tiende á ser la cabeza del cuerpo germánico, tiene el mayor interés en contener al Austria; y haciéndose su aliada, sería cómplice de su propio envilecimiento, desconociendo así la obra del Gran Federico... La solución del problema italiano, si fuera posible, sería una nueva fuerza para la nacionalidad alemana... Alemania no tiene nada que temer de nosotros en el Rhin.»

No era solamente en el célebre folleto, sino en el *Moniteur* de París donde el soberano francés trataba de tranquilizar á los alemanes. El diario oficial se expresaba así el 15 de marzo: «Una parte de Alemania responde á la actitud tan tranquila del gobierno francés con las más irreflexivas alarmas. Por una simple presunción que nada justifica y por todo rechazada, las preocupaciones se despiertan, las desconfianzas se propagan, las pasiones se desencadenan, y se inicia una especie de cruzada contra Francia en las Cámaras y en la prensa de algunos de los Estados de la confederación. Se la acusa de mantener ambiciones que ha desconocido, de preparar conquistas que no necesita; y con estas calumnias se esfuerzan para atemorizar á la Europa con agresiones imaginarias en las que ni siquiera se ha pensado. Los hombres que extravían de este

modo el patriotismo alemán se equivocan de fecha. De ellos sí que se podría decir que no han olvidado ni aprendido nada; se durmieron en 1813, y se despiertan al cabo de medio siglo con sentimientos y pasiones sepultados en la historia, que son un contrasentido con relación al tiempo actual; son visionarios que quieren defender á toda costa lo que nadie piensa en atacar.»

El artículo del *Moniteur* terminaba con esta justificación de Napoleón III: «El emperador, que ha sabido vencer todas las preocupaciones, debía esperar que no se invocaran contra él. ¿Qué habría sucedido si al subir al trono hubiera llevado consigo los sentimientos mezquinos y los recuerdos enojosos á que se apela para hacerle sospechoso? En vez de contraer la más íntima alianza con Inglaterra, como se lo aconsejaban los intereses de la civilización, hubiera llegado á ser su rival, como al parecer se lo imponían las rivalidades seculares de los dos pueblos; en vez de acoger á los hombres de todos los partidos, hubiera rechazado con desconfianza á los servidores de las antiguas dinastías; y en vez de consolidar y calmar la Europa, la habría trastornado y procurado despertar, á costa de su seguridad y de su independencia, los recuerdos de 1814 y de 1815.»

El *Moniteur* predicaba en desierto, pues los alemanes no querían dejarse convencer. Lo más curioso es que el único alemán que en 1859 participaba de las miras de Napoleón III era tal vez M. de Bismarck. Si el célebre hombre de Estado prusiano hubiese estado entonces al frente de los negocios, probablemente habría hecho con el emperador arreglos propios para ensanchar simultáneamente el Piamonte y Prusia á expensas de Austria. En su breve estancia en París en 1855, cuando la Exposición universal, fué presentado á Napoleón III, de quien obtuvo la mejor acogida; y en abril de 1857 fué enviado á París con la misión de ayudar al ministro de Prusia en las conferencias que se acababan de abrir sobre el asunto de Neuchâtel. Gracias á los esfuerzos del emperador, el rey Federico Guillermo IV consiguió arreglar de una manera honrosa para él, y sin haber desenvainado la espada, sus diferencias con Suiza.

Napoleón III profesaba una simpatía especial á M. de Bismarck; creía en la buena estrella del hombre de Estado prusiano, é imaginábase que hallaría en él un auxiliar para anular los tratados de 1815, completar la libertad de Italia y hacer que prevaleciera el principio de las nacionalidades. Por su parte, M. de Bismarck profesaba, á principios del segundo Imperio, la mayor admiración á Napoleón III. El 2 de junio de 1857, en una memoria destinada á Federico Guillermo IV, se esforzó en combatir una por una las objeciones y prevenciones de este príncipe contra un convenio íntimo con la Francia imperial. «Se acusa á la dinastía napoleónica, decía en esta memoria, de no tener un origen legítimo; pero los más de los tronos no le tienen tampoco, lo cual no impide que la corte de Prusia esté aliada políticamente, ó con carácter de familia con esas dinastías.... Luis Napoleón no llegó al trono por una insurrección contra la autoridad establecida, y si depusiese hoy el poder, pondría tal vez en un apuro á Europa, que le rogaría que se quedase. Puesto que Prusia ha reconocido al emperador Na-

poleón, ¿cómo ha de ser contrario á su honor reanudar con él las relaciones que los acontecimientos imponen?»

En 1859, M. de Bismarck, que tenía entonces el título de conde, se hallaba en Francfort, donde, desde 1854, representaba á Prusia en calidad de ministro cerca de la Confederación germánica; y allí combatía la influencia de Austria, la potencia rival, con el ardimiento y la tenacidad de su carácter. Si su gobierno le hubiera escuchado en aquella época, creemos que Prusia no hubiera vacilado en derribar el antiguo edificio federal, celebrando con Napoleón III una alianza de ambición.

Desde el 9 de octubre 1858, el rey Federico Guillermo IV, á causa de su quebrantada salud, había confiado la regencia á su hermano, el futuro emperador de Alemania. El príncipe regente alimentaba grandes designios, pero no los confesaba aún, y tan sólo sus confidentes íntimos conocían el sueño que acariciaba, que era expulsar á los Habsburgos de Alemania para que dominasen los Hohenzollern. Sin embargo, esta política audaz no existía sino en estado latente, y el príncipe no pensaba entonces en indisponerse con Austria, ni menos aún en concluir una alianza con el Piamonte. Le pareció que M. de Bismarck iba demasiado de prisa, y el 29 de febrero de 1859 le trasladó de Francfort á San Petersburgo con el mismo cargo. El diplomático prusiano había querido continuar en la Dieta germánica su lucha contra Austria, y se alejó de Francfort con sentimiento, no sin haber criticado la hostilidad que la Confederación manifestaba contra la política de Víctor Manuel y de Napoleón III.

El día 5 de febrero, el conde Buol, ministro de Negocios extranjeros de Austria, había dirigido á los agentes austriacos cerca de las cortes germánicas una circular en que expresaba la satisfacción del gabinete de Viena por las manifestaciones simpáticas que su causa había excitado en Alemania. En el Sud, en Munich, Stuttgart, Darmstadt y Carlsruhe era donde se estimulaba particularmente á la corte de Austria á recurrir á los medios violentos contra el Piamonte.

El emperador Francisco José envió cerca del príncipe regente de Prusia al archiduque Alberto, hijo del archiduque Carlos, el célebre émulo de Napoleón. El archiduque Alberto llegó á Berlín el 14 de abril, y anunció que Austria dirigiría en el más breve plazo á la corte de Turín un ultimátum, que en el caso de ser rechazado ocasionaría la inmediata ocupación del territorio piamontés por las tropas imperiales. Austria se hacía entonces grandes ilusiones: considerando la guerra de Italia como secundaria, preocupábase sobre todo de la guerra en el Rin, inevitable á sus ojos, y cuyo peso se ofrecía á sostener con doscientos sesenta mil hombres. Este ejército estaría bajo las órdenes del archiduque Alberto, revestido al mismo tiempo del mando de varios cuerpos federales del Sud.

En presencia de las complicaciones que la explosión de la guerra podía ocasionar, M. de Usedom, que había reemplazado á M. de Bismarck, como minis-

tro de Prusia en Francfort, presentó en 23 de abril á la Dieta una proposición así concebida: «La dieta dispone que se invite á los Estados confederados á poner sus contingentes principales en estado de *preparación de marcha*, ordenando que se adopten las medidas necesarias para el armamento de las fortalezas federales.» En apoyo de esta proposición, el gabinete de Berlín declaró á sus confederados que le parecía urgente dar á Alemania una organización defensiva que se armonizase con las disposiciones militares adoptadas en los Estados vecinos.

El gobierno austriaco observaba con alegría todas estas demostraciones. El conde Buol decía á lord Loftus, embajador de Inglaterra en Viena: «Si el emperador de los franceses ha querido tomar el pulso á la nación germánica, habrá recibido una saludable advertencia.»

Así, pues, para defender la causa italiana, Napoleón III no tenía que combatir solamente con el Austria, sino que se exponía á ver reunida contra él á toda la Alemania, sin tener en modo alguno la seguridad de que Rusia interviniese. Rara vez un soberano corrió tantos riesgos, ni empeñó con tal temeridad tan peligrosa lucha.